

27/06/2013 09:39:00 p.m.

Voces Dormidas

Voces Dormidas

Marisol Leal Acosta

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes Maestría Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2013

Voces dormidas

Marisol Leal Acosta

Tesis presentada como requisito parcial para optar el título de:

Magister en Escrituras Creativas

Director: Poeta Santiago Mutis

Énfasis en Poesía

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes, Maestría de Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2013

agradecimientos

A Juan Felipe y José Miguel, quienes compartieron su tiempo de estudiantes conmigo

A las abuelas, a las madres, a las tías, a las hermanas, quienes me enseñaron el camino

A Juana, Leonardo, Juan David, Ángela compañeros de esta empresa

A mis maestros: Juan Manuel Roca, Alonso Aristizábal, Joe Broderick, Azriel Bibliowicz

A la guía de Santiago Mutis

A la lectura de Yolanda Reyes

Resumen

Este libro es un encuentro.

Aquí una especie de mito personal se construye en el recuerdo, en el canto de seres que se buscan, siguen huellas, cargan niños muertos; en pesadillas y relatos adheridos a las cosas.

Una tribu de lamentos entra y sale del tiempo, de los otros, de mí misma.

Abstract

This book is a find

Here one kind personal mythology is building from the memories, in the song of people who look for each one, follows marks, take care death kids, follows night mare and the tales that, things has been.

A sad song tribe enter and go out of time, from the other, from mine..

los parajes

del origen 17

los encuentros 34

y las voces 47

introducción

La niebla es caprichosa.

A veces entra y sale del paisaje,

cubre los caminos, aviva la lejanía entre dos árboles y una casa.

Otras lo envuelve todo, oculta los indicios, la línea amarilla de la vía.

En ocasiones, nos protege del abismo haciéndonos creer que abajo en lo profundo no hay vacío.

Una música que intensifica la escena, la hace más dramática, o más dulce, no se sabe, dibuja distancias.

Este libro penetra en el sopor de la humedad contenida en el paisaje que la niebla ha morado, se torna memoria, sueños, lejanas conversaciones, raicillas que buscan su estirpe.

Viene de lugares donde una niña crece en el frío sabanero a orillas de un río casi quieto. Escucha las charlas de mujeres, en las voces de tías, abuelas y madres; repite retahílas, charadas, cuentos, adivinanzas.

Rodeada del ruido de un país sordo que la cerca, en un tiempo perpetuo de guerra, aprende a oír el rumor de las quejas, las conversaciones dolientes, el crujir de las ramas al desgajarse de su tronco.

En su penumbra, el espacio siempre habitado de lo pequeño, donde el gesto nace, se hace trayecto imperceptible de ceja, mano, labio, allí descubre los guijarros luminosos dejados en la noche para recuperar el sendero, el lugar donde fuimos. Regresa al paraje donde las voces estaban prendidas a los objetos. Presiente un ritmo.

Se acerca al universo de puertas, eucaliptos y piedras. Se inicia en el tiempo de los sueños. Allí, donde se pierde el orden de las cosas, y los seres se dibujan en el aire y son voces. Penetra al recinto del mito, donde habita la palabra precisa, la que va y viene entre los hombres, la que va y viene de lugares anteriores en el cortejo de padres que carga.

Reconoce el canto de *Los Sin Nombre*. Irrumpe en el desorden de esas voces oídas. Se detiene en los seres que una vez poblaron su escucha. Despierta las voces dormidas. Azuza el sonido de hojas secas; ella, en el laberinto de las frases rotas como paredes construidas en el aire, las recoge, piedras heridas que curábamos de niñas...

Las torna poesía.

del origen

...Llevamos en el interior,
padres, a los padres de sus padres,
a su cortejo, una muñeca rusa preñada hasta última generación...

Una Historia de Amor y Oscuridad, Amos Oz

Habito entre aretes, dientes, ventanas y telas bordadas. Recojo cucharas, hebillas, ganchos, agujas. Mis cajones guardan cartas, promesas, cadenas, dados

destinos

Crecí adornada de trenzas tirantes, uniformes impecables, medias blancas. Hice planas de letras redondas, márgenes rojas. Utilicé lápiz, borrador, tajalápiz. Logré registros sin manchas.

Los caminos se abrían.

Aprendiz en el palacio de los deberes cumplidos, mis mentores creían en Descartes. Para ellos, pensar era trazar líneas rectas.

De la casa al colegio por montañas quebradas.

**

Mi voz se confunde con la voz azul de un padre que hace un siglo agoniza, su niña es promesa.

Y con la de una madre. Monja doliente, en su mundo de hortensias, gris, de eucaliptos y perros.

Cerradas y quietas, las mariposas son secos capullos de flores.

¡No corras! ¡cuidado no creas! ¡silencio! ¡no rías! Ven, quédate a mi lado. Es tarde ¿Aún no regresas? Santa María Madre de Dios ¿Cómo alegrar a los niños que lloran?

Quise no oír.

Huí a los Urales, a las secretas grutas de España. Busqué, en los colores, las formas, en el pulso de las líneas, el silencio de las tintas.

Astro perdido: mi mundo, entre soles negros, sin lunas mi viaje, un enigma. Un deseo.

Esperanzadas, ignorantes, felices, jugábamos con piedras.

Las hacíamos polvillo, frotábamos unas contra otras hasta producir con la fricción una pócima elemental; la piedra caía en recipientes azules, de peltre, oxidados. Un primer reloj de arena, una fábrica de estrellas. Amontonábamos con esmero el precioso material, un mundo diminuto se iba haciendo, allí reinarían hormigas de colas rojas y arañas de patas amarillas.

En las tardes preferíamos cocinar en ollas y chorotes. Mezclábamos la arena con tréboles, flores de diente de león, agua, trozos de hojas secas de eucalipto, menjurjes para las fiestas. A esa hora teníamos frío.

Otras veces, sanábamos piedras heridas. Ellas, las negras duras y redondas, sufrían. Parecían soldados de hierro y armadura; caballeros de alguna cruzada, extraviados en estas tierras andinas. Entre el monte, los encontrábamos vencidos, rotos. Nuestra destreza era reconocer la herida, el lugar donde la piedra perdía su delicada forma, piedra negra, piedra de río. Entonces cogíamos trapitos, las vendábamos con telas gastadas y las poníamos al sol para calentar su corazón de roca.

Eran las horas de agosto cuando nuestro dueño era el viento, jugábamos con piedras y nosotras éramos la esperanza, la ignorancia, la felicidad.

Me entrené en oír voces.

El destino de puertas cerradas me condujo por senderos de murmullos, de seres errantes.

Muros sus voces. Sus secretos, mi aire.

Sin ojos, mi cuerpo apenas tropieza.

A veces, niños turbados en el giro de platillos metálicos. Sus chillidos resuenan como campanas sin torres, sin atrios.

Mujeres cetrinas, desnudas en ciudades ajenas. Libros sin imágenes, palabras de muertas.

Hombres ojerosos, casi canos. Sus manos largas, afónicas voces. Son niños. De rodillas, juegan con escarabajos dormidos en el túnel del tiempo.

Al entrar en el laberinto de las manos y los dedos trenzados, oí el rumor del amor como queja, sal sobre babosas.

Sin ojos esculpo un cuerpo secreto. Mi cuerpo. Un cuerpo sin tiempo. Un cuerpo que habita mis sueños.

*

Desconozco el sitio donde los dedos de mis manos se hicieron huellas. Nunca fui al lugar donde ellas aprendieron su oficio, el nicho donde niños sabios dibujan líneas, puntos, rayas finas, diminutas celdas, cáscaras lisas en limones.

Tampoco sé del tiempo en que vencieron las horas, los senderos donde tocaron el corazón de las cosas y celebraron el impulso que abre y cierra puertas al rumor de una brisa.

**

Una mujer emerge del barro.

Al ritmo de huellas, sus caderas, mis senos. Por su piel como uvas negras palpitan huesos.

Sus brazos abiertos, su vientre, mi gesto, un grito de tierra crece en la tierna gruta de huellas y manos.

Sueño.

Entro en una gruta. Húmedos, mis pasos recorren el recinto. Soy un reptil antiguo. Percibo el zumbido de los seres que tranquilos anidan sus grietas.

Altas paredes de roca parece que me atrapan.

No oigo, siento el rumor del agua que recorre hendiduras, su olor de piedra ciega. Una memoria, sin brújula, en el laberinto del miedo, me guía.

Atravieso murmullos, risas lejanas. Sin aire, mi piel se expande y mis sentidos se confunden.

Despojada camino sin rumbo.

Una mujer acoge mis pies descalzos, los cobija con su manos sabias, su palabra abraza mi caminar perdido.

Partera de siglos, tu voz me ilumina.

Soy la niña en mi madre y el niño que habita mi vientre. Sorda mi piel se aviva y mis ojos cerrados son de agua, de sangre, se ahogan y mi cuerpo sediento nace, se mueve y mi niño despierto, sonrío, me mira.

encuentros

...caminamos a través de nosotros mismos, encontrando... viejos, jóvenes madres... fantasmas...

siempre encontrándonos a nosotros mismos.

El Ulises, James Joyce

Mi casa es un barco, que, aún anclado naufraga, repleto de tierra. Resguarda recuerdos y santos.

Busco.

*Mi mundo: una queja. Una sombra, olores, pieles, desiertos y rostros. Habito cosas que son mi
memoria.*

Un cofre de lazos, papeles escritos

Pesadilla

Un carnaval vacilante mi mundo. Me encuentro en un cuarto. No tengo las llaves. Por sus muros, un desfile de seres al ritmo de bandas de marimbas rotas me despierta: la trompeta del oso tuerto, la bailarina de la mano quebrada, el pez de los dientes belfos.

Una marcha de enanos anuncia la danza de los desesperados. Ellos entran cojos, vestidos de fiesta, sus zapatos están rotos. Gimen y el llanto de sus voces anuncia sequías, robos, malos augurios.

El ritmo de la música estridente, se diría alegre, no se siente. La luz de una lámpara da estabilidad a la escena. Este desfile irritado de octubre, se repite en mis noches de insomnio.

No encuentro el silencio, tampoco el vacío de los ojos al cerrarse.

Asesina

Por el puente que atraviesa el río agitado que baja del páramo, las manos frías de una mujer me miran. Ella conoce el aletéo de los peces al nacer.

Su pelo es negro como negras son las aguas que observan sus horas. Vestida de humedad brilla. Su falda y sus piernas desnudas se mueven, peces en el agua. Su voz se confunde con las escamas de los que suben contra la corriente, y su risa es la de las truchas muertas.

Habita laberintos de escaleras que se pierden entre turbinas, mallas, cuchillos, chorros de agua. Su tarea glacial: atrapar la fosforescencia de los alevinos después del desove.

**

Solitaria

danza en círculos, sus manos dibujan con los peces arcos en el agua.

A veces el aire le nubla los sentidos

y sus ojos

son ojos que caen

caen en un charco de manchas transparentes, azul, rojo.

Aprendiz del tiempo,

Tu voz ronca de oscuros laberintos me reveló el secreto de los habitantes de la historia:

los griegos con sus cuerpos tensos

los romanos con su voz sensual y firme

los judíos herméticos

tu piel cansada me trajo el sonido de las tierras lejanas, donde vives sin cuidados, casi huérfano

Allí los pájaros son tímidos y el color de sus alas revelan la luz de un trópico frenético

dormí contigo en el nido de hojas y semillas secas, donde la llama lame con recelo

su hogar de troncos tristes

habité las entrañas de los bosques, y descifré los signos de las ramas cuando se desgajan de sus
árboles

El susurro de cantos que se alejan

transitar el sendero de tus ritmos, la suerte de los dados en noches de insomnio y el cruce de
caminos sin señas, me llevaron por la ruta de las risas sonámbulas.

Lágrimas se deslizan por mis brazos despojados

S,

El índice de tu mano derecha, antena de insecto, se mete por los rincones de las casas olvidadas.

Evade las telas de araña, se escapa de la confusión.

Lo aturde el ruido,

el titilar de las luces verdes y rojas de los pueblos de tierra caliente,

la musiquilla de las máquinas traga monedas.

Compara letras, las reconoce entre el sonido de las caracolas,

las sigue como si fueran animalitos exquisitos.

No se encandila con la constelación de las palabras, las descifra.

Escucha números, conoce la ruta de los astros en las noches.

Subraya, persigue el ritmo de formas y tinta.

Danza sobre la piel del papel.

Deja una estela.

las voces

te hablo de una voz que es brisa constante
en mi canción moviendo toda palabra mía,

Morada al Sur, Aurelio Arturo

Por las rendijas de mis pestañas dormidas los objetos atraviesan mis ojos de gato. Una a una las cosas entran, monedas que algún día viajaron, alfileres, frascos, botones, anteojos, lápices, estampillas dobladas. Revistas, puntillas, cintas, libretas, piedras. No logro respirar, las cosas me pueblan, no puedo botarlas. Guardo llaveros, chequeras viejas.

Vengo de las montañas. Cargo un niño muerto. Mis manos han labrado la tierra. Saben de las mañanas, cuando el sol se demora en salir. Rosado ilumina montes, cuevas, pájaros.

Recorro las veredas, los caminos de piedras, amo recoger flores. Sueño con vestir a mis hijas, las que nunca nacieron, adornarlas con coronas de flores trenzadas. No cargar este niño muerto.

Después de la lluvia, descubro en el barro formas sencillas, garabatos, letras extrañas. Mis manos se hunden en él. Siento que sepultan gritos y llantos. Nunca lo logran, hierbas que de nuevo renacen, mis dedos juegan, entierran, nacen, en un juego de manos, de estrellas, de dedos de barro.

Es tarde. Mis manos tienen grietas. No conocen caricias, ni risas.

Mi pelo es como el río que bordea la casa donde espera mi madre. Su mirada tan familiar como ajena me mira. Su silencio de tiempo me cerca. Yo soy la flor de su casa, mi pelo es su río, las palabras, mis manos.

El tiempo se ha ido. Cargo un niño muerto. No logro mirarlo.

! Bernarda! ¡Bernarda! me llaman.

Cuando hablo, mis manos acarician la tela que cubre mis piernas; ellas están seguras al sentir esas formas. Flores que hacen ramos son pájaros abatidos en la tela ciega. Acarician el volumen de mis piernas. Las recorren, viajan con ellas. Mis manos distraen mi voz y mi voz las alienta.

Sin tiempo, penetro en un gesto olvidado; espero a mi padre, sentada, en la puerta de una casa que alguna vez habitamos. Ahora, no sé si era mi padre. Estoy en su voz. No logro escucharlo. Repito una mueca que ignoro. No estoy triste. Toco mis piernas, siento la tela, las flores, mis piernas.

Sueño una lluvia de vidrios que caen. El cielo plumizo, la lluvia son vidrios, esquirlas brillantes. No tengo miedo. Camino entre vidrios y lloro. De mis ojos brotan signos y huesos, no son lágrimas, tampoco astillas. Mi voz no logra tocar el sueño que habito, el recuerdo que ignoro.

Camino descalza sobre lozas de barro. Dejo huellas, dejo huellas blancas. Un cuerpo sonámbulo conversa conmigo. Sorda voz que viene de lejos, entre caracolas silba: sangre voraz, corazón atrapado en la piel de una iguana.

Y es el viento entre mis pies descalzos, una sombra que baila, y mi gesto una danza sin tiempo, estela que habita mi casa.

Mi cuerpo en el aire es la montaña que anida el silencio. En sus cuevas me ahogan palabras, estallan voraces. Astillas de huesos rasgan mi piel, mi garganta. Su eco, huellas que deambulan.

De pronto, descubro hileras de semillas en frutas podridas, hortensias sin flor, piedras rotas. Rutas perdidas en los montes, donde abandonan huellas.

Busco el rastro que mis pies descalzos dibujaron de niña, pero esa niña se ha ido. El blanco se fue con el aire, y las huellas son espigas que cubren el campo.

No puedo dormir. He perdido mis manos. Las manos que un día bordaron campos, el latido insomne de los perros, pesadillas. Las que tejían cardos de lanas, amarantos y casas. Silencios, gritos, miedos en hebras y nudos.

Un hombre de manos cansadas, me mira, es una sombra. No sé si es mi abuelo o mi padre. Su gesto, adusto entre el humo de cigarros y el esbozo de una risa, me hace guiños. No sé si soy mi madre, si soy su hija, su nieta o su amiga. Sus piernas torpes perturban el sonido de manteles, de lozas de arcilla.

Fantasma de voces se posa en mi piel como un cobertor de hilos guardados.

Ahora estoy ciega. No ubico la puerta, los papeles olvidados. Las agujas caen, caen como lluvia de mayo, mis lanas se enredan, no distingo el azul ni el blanco. Solo recuerdo mis montañas y tiemblo, sus gritos, mi risa.

Las mujeres rezan. Un niño crece en mi vientre. Y muere a pesar de mi arrullo. Nube de estrellas lo guían al sendero gris donde mi rastro se borra.

La voz de ese hombre es un cuchillo en mis ojos vencidos.

arriba el cielo

abajo la tierra

Me veo. No soy ella, aunque es mi cuerpo que en telas flota al viento. La tela, el aire, novia del cielo. Tu cuerpo se eleva sin prisa.

Ave ingrávida, tus lágrimas tejidas en nidos son las de un ángel dormido. Azaleas y guirnaldas de estrellas coronan tu velo de niña.

Como una nube en tu vientre un niño.

En tu vientre un niño, mi niña, una niña en sueños dormida, y mi niño en ella creciendo. Un esbozo, su llanto; sus pies, sus manos cerradas; sus ojos semillas, el secreto de un tiempo azul, primigenio y oscuro.

Y de tu seno una gota, una gota de leche, planetas, estrellas. A tus manos de flores le cae una humilde cascada de savia blanca.

Mi niño es la tierra que en el aire recibe tu risa de niña sedienta.

álbum de familia

Oigo voces, el gemido de raíces que han perdido su estirpe.

Un silencio de siglos te acompaña, mi niña

son retratos de muertos.

En el balcón de una plaza, sentada entre gentes, una mujer escribe cartas de amor. Redacta papeles ajenos. Amanuense, mi abuela garabatea firmas que jamás ha trazado, transcribe razones, deseos.

Ella escucha a Manuel, el que busca a su hija, la del gesto dormido. Sus manos no logran descifrar el sonido sordo de su queja, ni la rabia que cargan sus ojos, ni el viento que arrastra el murmullo de otras voces.

Sabia parece descifrar su urgencia. Pero se pierde. No acompaña su pena.

Atiende un silencio que le dicta frases cortas. Las escribe.

Esta mujer, con sus dedos manchados de tinta, dibuja en mi piel signos, letras. Su cuerpo es de tierra. Y su voz se confunde con el secreto de sus líneas.

En las noches, cuando se van las voces, cuando se pierde el ruido, como que se ahoga y ya nadie dice nada, ella transita al sueño. Los trazos cobran vida, se mueven en el aire, se deslizan sobre sus sábanas blancas y forman rayas, puntos, una caligrafía de historias y reclamos la arrullan en lo profundo y ya no es ella.

Abandonada mi abuela sueña.

**

Huérfanas

mis tías crecen en una casa de puertas cerradas.

Laberinto de pasillos y balcones custodiado por perros y montañas.

Una mujer vestida de negro las ronda. Sus dedos largos cuentan las horas, al ritmo de un reloj

antiguo que adorna

las paredes donde ellas rezan.

Su voz de ama de llaves pasa por los corredores como un viento oscuro. Su camándula de cuentas de cristal resuena con el ritmo de su marcha, es un cascabel que anuncia sus pasos discretos, vigilantes.

Cuando la luz se pierde en el gris de los eucaliptos, mis tías se esconden entre las sombras, e intentan escapar de su presencia; pero ella es un fantasma que reconoce el cuchicheo de sus risas, el aleteo de las mariposas negras.

Mis tías en las mañanas memorizan poemas de amor, tocan el piano. Ellas buscan en los rincones de esta casa algún indicio de la madre muerta, un pañuelo, su perfume.

En la noche abren cajones, sacan sus guantes, los huelen, desdoblan manteles. Con las telas que alguna vez fueron vestidos, ellas, las desamparadas, diseñan alas.

Juegan con los aretes sin sus pares, con los collares rotos, se ponen tacones altos. Desfilan como si asistieran a la fiesta de las enamoradas.

Detrás de las puertas, ella, la del vestido negro, la del Cristo roto, sonrío.

Sobre un caballo emerge de la bruma mi abuelo. Sus zamarros recuerdan las sombras que entre las ramas deja la luz del camino. Por los pastizales avanza al ritmo del humo de su cigarro, de sus pensamientos.

Los chasquidos de cascos y patas por quebradas y charcos se confunden con su voz. Las risas y sus gritos encubren el triste latido de sus perros muertos.

Lo veo tras un cristal. El viento mece su ruana y la niebla borra las manchas de las vacas, el mugido de las terneras recién paridas. El frío huele a leche de ordeño.

Las flores del Curubo dibujan estrellas. Su nombre me sigue, es un murmullo.

A lo lejos, un trino, el último pájaro al acecho de una rama aletea su soledad.

Ana, la de los ojos verdes, mi prima, odia cerrar puertas.

Sus días se confunden, parece que flotarán. El tiempo que ella habita no tiene memoria, está vacío. Es como las horas de la luna.

Su voz se mezcla con las sirenas de las calles y el rumor de risas en los parques.

Su olor ácido recuerda, el de las moras que recién cogidas parecen sangre. Ella lleva en la cabeza flores.

Sus pies delgados apenas se apoyan en el piso, y sus brazos siempre cargan un muñeco tuerto.

Ella juega con sonajeros rotos y disfruta con el golpe seco y azaroso de las puertas cuando el viento de la tarde las choca contra las paredes ciegas. Aleteo de mariposas negras contra las ventanas.

A mi prima Ana le gusta el algodón de azúcar.

La tejedora

Mi cuerpo es liviano. A veces siento que soy una pájara de patas zancudas que se mueve entre los juncales desprevenida, pero esquivada.

Mis manos tiemblan, tengo miedo de perderlas, me despierto buscándolas en sueños refundidas. Las busco como si pudiera asegurarlas a mis brazos, no ser las frágiles manos, blancas como magnolias que se desgajan de sus ramas, alas rotas en aves heridas.

Mi sueño se repite y sueño que bajo en un ascensor vestida con un abrigo de paño tejido en otro tiempo. Cruzo las esquinas y mis dedos se desprenden, pistilos de flores a punto de morir en los jarrones azules de cristal. Mis manos no están, también se han ido.

He tocado sedas, he visto el mar en las telas de Madagascar y en los brocados de Indonesia.
Peces, aves y felinos en los textiles antiguos del Perú. Mis manos han tejido percales de algodón,
han aprendido de las artífices de Santander y Guatemala el sabio oficio de la urdimbre, del
tramado.

Sí algún día, el señor de los orfebres, el gran señor de las agujas, la tejedora de caminos y la
gran maestra de telares me pidieran cuentas; ¿dónde las telas bordadas, los terciopelos
brocados, los linos de agua sabiamente transformados en tapices?

Mis manos de aguja e hilo ausentes, sabias y ajenas, cercadas por voces sin manos, huidizas.
Mi cuerpo de ave zancuda sin ellas, recorre recintos vacíos.

La mujer que hablaba con los perros

Soy Araminta, repetía Araminta en su sueño. Vivo en una casa construida en adobe, cáñamo y barro. Duermo a orillas del río, entre piedras gigantes, como huevos de los que nunca brotó la vida.

Desconozco lo que pienso, a veces oigo voces.

Mis crespos recuerdan algún perro que tuve, con el que compartí un bosque de cedros, el juego escondido en el ocre de un colchón de hojas secas. Allí, mis manos oyeron el crujir de mil años.

Soy Araminta y disfruto las arcillas de la parda tierra donde habito. Trazo signos que a veces son caras, mujeres que gritan, las cubro de vendas, vuelvo y hago signos, rayas, puntos y manchas. Simulo un ritual primitivo y secreto que he olvidado. Curo heridas, lágrimas que son de nuevo trazos. No recuerdo el motivo, lloro. Mis ojos casi no ven, ahora que dibujo, curo heridas.

**

He leído la ciencia de la historia, las reflexiones de las matemáticas, las confesiones de santos, la geografía fácilmente olvidada. Mi tiempo no anida en el tiempo de los relojes, ni en el de las máquinas que recuerdan poleas, campanas, el tic tac desgastado de un metrónomo.

Mis días han visto el futuro, fantasmas perdidos de un tiempo pasado, voces que quizás hablaron, telas amarillas y polillas que flotan por las barandas de una casa también en adobe. Ramos de Nomeolvides, Geranios de aroma, Malva y Yerbabuena en aguas.

A veces sólo sueño. No reconozco a casi nadie y sin embargo siento que amo.

Soy Araminta, y el sonido de mi nombre es el mar, el aire del viento que no deja de batir sus alas. No soy ni aire, ni agua, ni fuego. Mis caderas en cadencia de años son la tierra. Desconozco sus motivos, pero ellas habitan mis dibujos. Se sientan en las esquinas y ocupan con desgano pliegos de hojas, cartones manchados.

He recorrido las montañas de Hungría, me he reído con las mujeres de Holanda. Me disgusta el rojo bermellón, siento que junto al añil se vuelve sombra.

Cuánto quise morir y ahora que amo la vida, sueño estar muerta, atravesar las paredes, verme en los espejos sin que nadie me note, sentir la levedad de mi cuerpo. No soñar, ser mi perro, volver al bosque de cedros, oír las hojas secas, pintar en ocres y pardos, trazar líneas, manchas, puntos, sanar heridas, hablar con mis perros, con los que se han ido. Los muertos, los que vendrán, a los que amé tanto.

No dormir.

Sentir que he muerto.

A tus poemas, Alejandra en su constelación de sangre,

Les ofrezco mis ojos guerreros, Santa Lucia, mis ojos de buey degollado, flotan en lágrimas que un día lloraron. Su sonido se ahoga.

El azul y el violeta de montañas una tras de otra, lejanas, el silencio de un río, el viento en mi cara, los gritos y el rumor de eucaliptos.

La quietud de las rocas, el gris que usurpa mi alma.

El gemido de un vientre, el húmedo, el de mi madre. Los sonidos, uno a uno mas fuertes, la luz de una lámpara junto a su cama olvidada.

Te ofrezco preferir la belleza a cualquier otra visión. Palomas espantadas al ritmo de vientos que se encuentran, si tus ojos no me pertenecen ¿de dónde los he tomado?

A tu herida, mi ofrenda

27/06/2013 09:39:00 p.m.